

EMMA ROIG

Algo está cambiando en la 'high society'. Ahora prefieren visitar campos de refugiados a salir de compras o hacer fiestas.

Turismo de Catástrofes

Tiene gusto, dinero, debilidad por el arte y es una de las más exquisitas y respetadas mujeres de Londres. Estamos recorriendo la Tate Modern y otra amiga me aparta a un lado en uno de los pasillos y la señala. "¿No la ves diferente?" —me susurra—. "Dice que se le han quitado las ganas de comprar y de hacer fiestas. Acaba de pasar dos semanas en una residencia de ciegos y ya no ve el mundo igual". Es como si me estuviera confesando con horror el estallido de un virus que emblanquece los corazones de las clases privilegiadas.

"Yo también hago algo parecido", me confiesa bajando la voz, como si fuera a desvelar un secreto. "Cada tres semanas tomo el té en Pimlico con una viejecita de 94 años para hacerle compañía". Nunca la he visto hablar así ni de su cuenta de Coutts. A pesar de que me cuesta concentrarme en lo que comenta, debido a los destellos de su solitario de brillantes, noto que algo está cambiando en el orden mundial. ¿Es un sentimiento de culpa o una manera de dar sentido a unas vidas azotadas por la incertidumbre del Brexit y Trump?

La mujer de un famoso productor de cine británico, una pelirroja que parece una versión de **Raquel Welch** hecha por **Giacometti**, me contó que visita con un sacerdote varios hogares de ancianos para dar la comunión. Y **Lucy Kellaway**, prestigiosa columnista

económica del *Financial Times* desde hace 31 años, ha anunciado que deja su carrera para ser profesora en una escuela estatal.

Pero no todo son experiencias reconfortantes. Una de las empresarias de más éxito en EE UU llevó a sus tres hijos a África a convivir en un campo de refugiados. Su intención: darles una perspectiva de la realidad que las clases privilegiadas no ven en los informativos. Todo le salió al revés, porque la caridad no es un guion de cine. Cada vez que se aventuraban al campo para donar botellas de agua, desataban una batalla campal. Si llevaban balones de fútbol, originaban una confrontación sangrienta para ver quién robaba el esférico. Terminaron siendo linchados y evacuados por un equipo de guardaespaldas.

Es una pena que la sabiduría que da conocer la pobreza no se pueda comprar. Algunos lo llaman "turismo de catástrofes". Estuvo de moda en Londres el pasado verano, cuando cientos de estudiantes de los mejores internados pasaron un día con los refugiados de Calais para escribir algo interesante en su aplicación para la universidad. Tras la experiencia, varios se subieron al *jet* de sus padres rumbo

a unas vacaciones en una segura playa privada donde ya tenían una cosa más de la que hablar mientras se tomaban un cóctel. □